

**Universidad Pontificia de Salamanca. 17 de Diciembre de 2005**

Ocultas entre las sombras de una noche temprana y una niebla inusual, las torres de la Clerecía recogían el eco de las campanas de la catedral que, a unos cien metros, repicaban con la solemnidad propia de un funeral. En el interior de la Clerecía algunos turistas terminaban su recorrido por los pasadizos de una Universidad desierta y enigmática. Por los ventanales del edificio se filtraban sombras inquietas del exterior. Por sus grietas susurraba el frío helado de diciembre. Por sus pasillos se movían sigilosas sombras, arrojadas por los inseguros claros oscuros que proyectaban las tenues luces de los pasillos.

En el interior del edificio, Lucía, de larga cabellera morena y unos ojos negros como la más pura oscuridad, apuraba sus explicaciones ante unas diez personas. Aquella tarde, Lucía era la encargada de explicar las monumentales estancias pontificias. Una vez finalizado el recorrido de la visita, ojeó nerviosa su reloj.

- *Carlos, tengo que ir al baño. Si viene alguien diles que en cinco minutos empezamos.* – Lucía se dirigía al que desde hace años era conserje del edificio
- *¿Piensas bajar tu sola al claustro?*- Respondió él ante las prisas de la guía–  
*No creo que...*
- *Lo siento, pero ya no puedo más* – Dijo ella interrumpiéndole y saliendo del recibidor.

Lucía avanzaba pasillo a pasillo y descendía por las escaleras de granito de la Clerecía, deseando llegar al que parecía inalcanzable claustro. Allí se escondían los servicios, junto a la Biblioteca de la actual Universidad Pontificia, de la que es sede el edificio. Mientras descendía por las oscuras escaleras, Lucía notaba un progresivo frío inusual

incluso en aquellos solitarios pasillos de piedra. Se detuvo de pronto indecisa. Tras cerrar la última puerta notó algo extraño detrás de aquel enorme trozo de madera. Sin embargo, al agudizar asustada el oído, sólo escuchó un escalofriante silencio.

Continuó descendiendo, intentado sofocar el miedo que se extendía por su cuerpo de la misma forma que el eco de sus pasos se perdía por los infinitos pasillos que la rodeaban. El edificio en que se encontraba estaba formado, en realidad, por dos enormes edificios comunicados entre sí, con cientos de laberínticos pasillos, aulas, despachos, escaleras, claustros y ventanales... Una inmensidad de ecos y puertas que se estremecen entre la soledad de sus espesas sombras.

Por fin llegó Lucía a la puerta que daba al claustro, pero se detuvo antes de agarrar el oxidado mango del portón. No podía ser. Podía creer escuchar algo una vez, es normal entre tanta oscuridad. Pero ya eran dos veces. En esta ocasión lo que estremecía a Lucía era una respiración tras la enorme puerta de madera, algo que podía escuchar con claridad al otro lado de la puerta.

Agudizó el oído de nuevo, tal y como hiciera momentos antes. Pero esta vez el sonido no cesó. A Lucía le pareció una respiración humana, pero sonaba mucho más áspera y rasgada; más gutural, pensó ella asustada ante la duda de lo que podía esconderse tras la puerta. Casi atenazada por el miedo, inició un lento movimiento para acercar su oído derecho a la puerta. Una vez su oreja rozó la fría madera, escuchó en silencio la nerviosa respiración cada segundo más entrecortada, cada instante más rápida, cada centímetro más cerca. El corazón se le aceleró tanto que casi podían oírse sus latidos.

- ¿Carlos? – Preguntó pegada a la puerta. Y entonces algo golpeó la madera del otro lado y ella se retiró asustada dando un pequeño grito. Escuchó después unos pasos rápidos, como si alguien se alejara corriendo más allá de la puerta. La abrió entonces,

esperando ver al culpable de aquella situación correr por el claustro. Sin embargo, al asomarse a través de la puerta abierta, solo escuchó el más puro y estremecedor silencio. Lucía no pudo ver nada. Solo la oscuridad de un claustro exterior bañado por una niebla tan espesa que impedía ver qué había unos diez pasos al frente.

Mientras aguardaba no sabía muy bien el qué, paseó sus ojos por las oscuras paredes del claustro: los muros de piedra arenisca mostraban pintados en rojo sangre los nombres de antiguos alumnos doctorados en la universidad, quizá también el nombre de alguno de los Jesuitas enterrados en las catacumbas.

Una leve brisa entrecortada que provenía quién sabe de dónde surcaba la niebla. Algo más tranquila, pero aún asustada, se dirigió despacio hacia el servicio. Escudriñando a cada paso los rincones que sus ojos llegaban a ver entre la niebla, llegó hasta la puerta del aseo. Y entonces se dio cuenta, aterrada, de que aquello que creía una entrecortada corriente de aire no era sino la ansiosa respiración de algo oculto en las sombras del servicio masculino.

- ¿Carlos?— preguntó Lucía con la voz resquebrajada por el miedo— En ese momento, la puerta del habitáculo del servicio de los chicos se abrió dando un golpe seco y dejando oír ahora con absoluta claridad la misma respiración ansiosa que escuchara momentos antes tras el portón del claustro. A Lucía le pareció la voz de algo que una vez, quizá hace años, fuera humano, pero que por razones que seguro era mejor no conocer, había dejado de serlo. Permanecía ella agarrada al marco de entrada del servicio, incapaz de reaccionar. Un ruido similar a una pisada la sobresaltó de nuevo. Y al primer sonido le siguió otro, y al siguiente, otro más cercano. Lucía no pudo evitar estremecerse al pensar que las pisadas nacían del interior de la agónica respiración.

Pero lo que más asustó a Lucía no fueron esas pisadas, ni la respiración entrecortada, ni si quiera el movimiento de una sombra que se le acercaba amenazante. Lo que la hizo

huir aterrada fue sentir un frío helado que penetraba en su corazón; un horrible sentimiento que la hizo sentir la gélida sensación de la muerte.

Superada por un miedo que veía incapaz de controlar, aterrada por no saber qué era lo que estaba a punto de aparecer en la oscuridad, se encerró en el primer servicio que vio sin encender luz alguna. Cerró la puerta de golpe y se subió encima de la taza del water. Y allí, sentada sobre la tapa y con las piernas recogidas y abrazadas a la altura de su pecho, esperó.

Mientras escuchaba acercarse con lentitud las pisadas, Lucía mantuvo la respiración, intentado adivinar quién o qué era lo que se acercaba hacia ella. Inmóvil en la oscuridad, temblaba sin saber si lo hacía de frío o de miedo. Y entonces las pisadas se oyeron tan cercanas que se diría estuvieran a punto de atravesar la puerta y engullirla en la oscuridad.

- ¿Carlos? – Preguntó una vez más Lucía- ¡Carlos! Por lo que más quieras. Si eres tú déjame en paz.

Y entonces, como si aquellas palabras invocaran lo innombrable, las pisadas se alejaron corriendo, fundiéndose en la lejanía con el sepulcral silencio del claustro.

Fuera lo que fuera, Lucía consiguió calmarse poco a poco, aunque la sensación de inseguridad y acecho la aterraba tanto en la oscuridad del servicio, que no se atrevía a salir de allí.

Reunió valor, al fin, y decidió salir de su escondite. Tomó con su mano derecha el mango de la puerta y tiró, despacio, abriéndola con suavidad. Se asomó unos centímetros, examinando la fría oscuridad de la noche en la que alcanzaba a ver algo de claridad en el claustro. Extendió el brazo, tanteando con los brazos extendidos por si topaba con alguien, o con algo. Salió al claustro, por fin, y a la tenue luz de la espesa niebla corrió hasta el portón de madera para salir del claustro, lo abrió y entró. Y fue en

ese preciso momento, al sentirse a salvo por fin, cuando un golpe frío y metálico se estrelló contra su garganta. Su cuello se desgarró con facilidad, mientras su cuerpo, aún caliente, calló inerte sobre las frías baldosas del antiguo edificio.

### **La posada del bardo. Salamanca. 17 de Diciembre de 2005**

Jessica bebía de su refresco de cola en el bar que hay frente a la Clerecía, mientras su compañera terminaba de contar aquella leyenda salmantina ante los ojos de dos amigos norteamericanos.

- ¿Cómo os enterasteis de esa historia? - Dijo Marc tras echar un trago a su refresco.

- Nos la contaron unas amigas en la residencia – Respondió Sarah

Jessica y Sarah eran dos estudiantes que permanecían en Salamanca gracias a unas becas Erasmus. Conocieron a Marc y a Robert la noche anterior en uno de los tantos garitos de la noche salmantina. Robert apuró su cerveza, e intrigado, preguntó:

-Y, ¿qué ocurrió tras la muerte del jesuita?

- No sé para que le contáis nada – Dijo Marc burlándose de su compañero- Cuando vio la “*peli*” aquella de la Bruja de Blair, se creyó que todo era real. Es un gallina.

Sarah dirigió su mirada a Robert como si no oyera a Marc.

- Como te decía, el jesuita fue acusado de rendir culto al diablo y ensuciar el nombre de la cristiandad y de la Compañía. La leyenda cuenta que durante la expulsión de los jesuitas de España, en 1767, el jesuita fue asesinado por sus propios compañeros de la Compañía de Jesús.

-Y su espíritu vaga por los pasillos de la Clerecía en busca de venganza. - Finalizó Jessica evidenciando con un exagerado tono siniestro que no creía en esos cuentos. Terminó su refresco y dijo: -Si queréis ver al fantasma debemos irnos ya.

Unos treinta minutos después, Lucía, la guía de la visita, les explicaba el claustro del primer piso de la Clerecía, en cuyos pasillos, según cuenta la leyenda, vaga el vengativo espíritu del Jesuita.

Robert tuvo un extraño malestar, como un mareo, y decidió bajar a los servicios del claustro inferior a refrescarse, a ver si así se le pasaba lo que fuera que rehacía sentirse así. Empujó uno de los portones que daba al claustro inferior y tiró de él haciendo que el eco de su chirrido le estremeciera. Al pisar el exterior sintió un escalofrío helado y quedó impresionado por la espesa niebla que estaba bajando. El eco que se extendía interminable por los pasillos recorridos, desapareció ahora bajo la niebla.

Incrédulo, observó descender y extenderse lenta, pero imparable, una espesa niebla que avanzaba hacia él. La niebla se expandía con un movimiento que a Robert le recordó a una de esas explosiones ralentizadas, típicas de las películas norteamericanas. Pero mucho más lenta y fluida. Tal era el movimiento que no pudo evitar estremecerse al pensar que parecía tener vida propia aquella espesa niebla.

Al entrar al servicio notó unos pasos cercanos que se entremezclaban con susurros, pero no les dio importancia, pues imaginó que sería alguien del grupo. Pero los sonidos crecieron, y se hicieron más cercanos, más nítidos. Y de pronto, se multiplicaron y empezaron a rodearle girando sobre su cabeza. Era como si decenas de personas le susurraran a la vez dando vueltas a su alrededor.

Comenzó a sentirse acechado, acorralado, indefenso. Notaba también una presencia invisible pero inquietante. Como cuando en la oscuridad de la noche sientes a una

persona frente a ti, aunque no puedas verla. Pero lo que él sentía no era del todo humano.

Robert inhalaba con cada respiración un sentimiento de muerte helada que se extendía por su cuerpo. Su corazón acelerado se enfriaba más cada instante que pasaba. Quería moverse pero algo se lo impedía. Quería gritar pero su voz no emitía sonido alguno. Quería respirar pero se ahogaba. Quería vivir pero se sentía morir; como si un veneno frío que respirara en el aire se extendiera poseyendo su cuerpo. Al fin, tras unos segundos que se hicieron horas, cayó exhausto y desfallecido.

Mientras tanto, Lucía terminaba su visita con rapidez. Necesitaba ir al servicio, y por ello, saltándose las normas, no hizo recuento de las personas del grupo. En cuanto terminó la visita bajó al servicio, sin saber que había perdido un visitante, Robert, al que sus compañeros esperaban encontrar fuera. Pero él, mientras Lucía bajaba las escaleras hacia el claustro, despertaba de la inconsciencia en el servicio.

Abrió los ojos en la oscuridad. Mareado y desorientado, trató de recordar y entender lo que había pasado. Recostado sobre la pared, intentó incorporarse, haciendo caer algo al suelo con su movimiento. No supo de qué se trataba hasta que consiguió alcanzar el interruptor de la luz. Era una especie de cuchilla; un abrejetas, quizá.

Extrañado, salió al claustro despacio, no sin antes guardarse aquella especie de daga en el bolsillo de sus vaqueros. Mientras avanzaba como desorientado a través de la neblinosa oscuridad de la noche, la luz del servicio se apagó a su espalda.

Al tiempo que se acercaba al portón del claustro, Robert escuchó unos pasos y unos susurros al otro lado de la puerta. Se detuvo a un metro del portón, escuchando de nuevo aquellas inteligibles palabras cada segundo más cerca. Asustado, se acercó despacio hasta pegar su oído a la desgastada madera.

- ¡Carlos! – Gritó una voz al otro lado. La voz asustó tanto al joven que se golpeó con la puerta. Acto seguido corrió hacia el servicio de hombres, tras una de cuyas puertas esperó impaciente en la oscuridad.

Escuchó una voz, pero el miedo le impedía oír con claridad. Apresado por el pánico notó acercarse unos pasos, que parecieron detenerse frente a la puerta del servicio. Como nacida de la oscuridad en la que se habían detenido las pisadas, una voz se alzó gritando de nuevo el nombre de “Carlos”. De pronto, sin saber por qué, Robert sintió en su interior la necesidad de salir de la oscuridad de su inútil escondite para plantarle cara a lo que fuera que se ocultaba en la sombra. Incapaz de detenerse, asustado por lo que estaba haciendo, abrió de golpe la puerta y comenzó a caminar con insegura firmeza. Tras el segundo paso, algo, o alguien, se alejó corriendo y se encerró en el servicio de mujeres.

Él sentía auténtico terror ante el desconocimiento de lo que había al otro lado de la puerta. Quisiera haber permanecido allí encerrado hasta que todo pasara y, sin embargo, su cuerpo reaccionó sin obedecer sus pensamientos haciéndole salir de su escondite.

Aturdido por su contradictoria situación, el joven inspeccionó nervioso el servicio en que se ocultaba la figura que le perseguía. Y entonces la voz gritó de nuevo el nombre de Carlos. Esta vez sí fue Robert capaz de dirigir sus miedos y sus actos en la misma dirección. Esta vez su cuerpo le hizo caso y corrió entre la oscuridad y la niebla del claustro hasta salir de él haciendo estremecer el portón de madera.

Mientras tomaba aliento apoyado en la pared, intentó tranquilizarse, pero no tardó en notar de nuevo unos sonidos que se acercaban desde el claustro. Robert recordó que tenía aquella especie de daga guardada en el bolsillo, y aunque no era una persona violenta, corrió tras el portón y, cuchilla en mano, esperó.

En cuanto vio una figura abrir la puerta lanzó una cuchillada a lo que, una vez sin vuelta atrás, descubrió que era el cuerpo de Lucía, la guía turística del edificio. Aterrado por sus actos, dejó caer el cuerpo de la mujer, cuyos ojos le miraban con una tétrica expresión de terror e incredulidad que se extinguía clavada en los ojos atónitos del joven.

### Epílogo

Minutos más tarde, Marc, Jessica y Sarah, encontraban dos cadáveres. El cuerpo de Lucía se extendía en el suelo, tumbado boca arriba y con las piernas ligeramente flexionadas hacia la izquierda. El otro cadáver hizo palidecer a Marc, al descubrir que el cuerpo que yacía junto al de la guía de turismo no era sino el de su mejor amigo y compañero de viaje, Robert. Su mano, muerta pero cálida aún, asía con fuerza la cuchilla bañada en sangre.

- Jefe, hay algo grabado en el arma homicida -Dijo uno de los investigadores al recoger la ensangrentada cuchilla de la mano del joven minutos más tarde.
- ¿Y bien? -Inquirió el jefe de policía pidiendo una respuesta al investigador.-  
¿Qué pone en la inscripción?
- “Carlos. Compañía de Jesús. 1767”

En ese momento Jessica creyó ver horrorizada que el cuerpo de Robert palidecía en un instante, como si muriera en ese mismo momento. Un siniestro escalofrío recorrió su espalda acompañando el lento crujido del portón, que se entornaba despacio. Carlos, el conserje, se asomó por la puerta entreabierta. Miró el cadáver de Robert, y salió de nuevo al claustro, donde la niebla le engulló haciéndole

desaparecer. Días después, la autopsia reveló que el corazón del joven se había congelado antes de asesinar a Lucía.